

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 21 DE FEBRERO DE 1901

NÚM. 535

✻ DIRECTOR, J. F. Luján ✻



-Al baile nos dirigimos;
tú dirás, caro lector,
si del baile no seremos
el atractivo mayor.



Crónicas al carbón

CARNAVAL

PUES señor, este año hemos decidido divertirnos de verdad.

Es decir, hemos decidido tomar en serio el Carnaval, aunque parezca un absurdo.

Lo que no sé es si lo habrán ustedes logrado, porque á la hora presente (las diez y seis de Dato) en que escribo estas cuartillas, yo no veo otras trazas de las Carnestolendas (que para mí futuras y para ustedes, lectores, pasadas, seguramente) sinó las que hicieron exclamar «Carnaval es el año todo» á Larra el insigne.

Y créanme, bajo palabra de cronista meticoloso. Jamás me he visto en apuro tan grande como éste.

Hay ocasiones en que uno puede con toda seguridad adelantar en su imaginación los acontecimientos y hablar de ellos como si hubiesen ocurrido.

Pero también hay otras, como ésta, que me coge con las manos en la masa, que ¡ya, ya! Se la regalo de postre al mismo Cagliostro. No sólo no puede el profeta discurrir acerca de los sucesos humanos á tres días *no vista*, por no haberlos visto, efectivamente, sinó porque, aun adivinándolos, se expone á descalabro mayor que el desacierto en su profecía singular.

Por eso me limito á establecer que hemos decidido divertirnos, y á soltar tímidamente esta pregunta:

—¿Se han divertido ustedes?

* * *

En otro tiempo, y no hace muchos años, siendo yo niño, el reinado de la careta comenzaba tan pronto como el almanaque declaraba de oficio la reinstauración del Carnaval.

El amante, por ejemplo, aprovechaba tan feliz coyuntura para ir impunemente á *embromar* al marido burlado, y también á la querida engañada. El antifaz le servía para vengarse de los sustos, de las precauciones, de los peligros á que le exponía durante todo el año una moral hipócrita en que él no creía y que aceptaba á regaña dientes, con sorda irritación.

Lo mismo hacía la mujer liviana, que todo el año se veía obligada á disfrazar su descoco y su impudicia con afeites, con gestos, y con otros disimulos tolerados por la sociedad.

Todos los vicios, en todas las clases, en todos los órdenes, salían á la superficie.

—¿Eh, tú? ¡Vaya una cabeza la tuya! Se parece á la del buey que dejo en mi establo, —decía una máscara.

Y el interpelado, riendo con buena fe, respondía:

—Pero ¡qué pícaros, qué graciosos son estos tunos!

—Anda, reina del Casino X, tú que andas vendiendo por ahí majestad, si supieras que te han descubierto tales y cuales secretos... ¡No te ruborices!...

Y cuáles son, tales son, salían muchos de los trapillos que la dama no se atrevía á dar á la lavandera.

La señora á quien un máscara osaba quitar el antifaz puesto sobre el rostro todo el año, encogíase de hombros y decía:

—¡Mira que tienen ingenio y buen humor estos mozallones! Se les puede perdonar el agravio en gracia á la travesura.

Había bromas pesadas que se corrían impunemente al insulto «No hay que tomar á pechos lo que suelta una máscara. En estos días todo está permitido.» Sí: estaba permitida hasta la puñalada traperera en la honra y la dignidad de la mujer. Recuerdo de un marido burlado que no se atrevía á echar en





—¿A que, no hay ningún hombre,
pequeño ó grande,

que entre por el aro
sin enredarse?

La Saeta

cara á la liviana su fea conducta; desde que se enteró que otro le ayudaba en la pesada carga del matrimonio, meditó vengarse. El miedo le hacía aplazar la terrible tragedia. Por fin tuvo una idea luminosa: «Aprovecharé el Carnaval; la careta será mi cómplice», se dijo. Llegado el momento, vestido de polichinela, dirigióse resueltamente al sitio más céntrico y más concurrido de la población, y en cuanto tuvo á tiro á la cónyuge, fué, la cogió, la zarandeó y le soltó este apóstrofe: ¡hidepú... pú!

La venganza habría parado ahí, si no fuese que, por coincidencia fatal, acertaba á pasar, junto al grupo que se formó, el *otro*, el favorecido, quien, lejos de imaginarse que la máscara tenía sus razones, creyó del caso castigar la vileza y el atrevimiento del clown, y levantó la mano y el pie; aprovechóse con rápida ejecución el polichinela de la ventaja, por cuanto, agazapándose y tirando de la pierna que le agredía, consiguió derribar al enemigo en el suelo. La gente aplaudió alborozada, encantada de aquella broma de carnaval, y no volvió de su pasmo viendo que el caído se revolvía en dolorosas convulsiones. El marido había asestado una cuchillada terrible. La señora quiso huir, pero el polichinela la sujetó por un brazo, y, quitándose la careta, dijo:

—Señores, esta *tal* es mi mujer, y ese granuja su amante.

Aquel hombre no hubiera sido brutalmente bravo, si no tuviera ocasión de disfrazar su cobardía.

*
* *

Hoy, pues, no puede hacerse, como en otro tiempo, una crónica de Carnaval antes de lo que hemos dado en llamar los tres días últimos; el carbón está en la mano: faltan los tipos. Cuando ustedes lean mis renglones, trazados, por lo que llevo dicho, con mano insegura, puede que hayan pasado ante sus ojos; yo no los he visto aún, si no es en los cristales de aumento de mi fantasía, y si me fuera dable hablar de ellos, presentaríales un cuadro de Goya: en ese cuadro no figuraría, ciertamente, una sociedad afeminada.

Y cuento, al hablar así, con que se haya cumplido el Bando del Alcalde, á quien rindo el más sincero testimonio de homenaje y felicitación.

En este periódico, no feminista, rendimos culto á la mujer, y defendemos el *femenismo*... *femenino*, el sano.

Pláceme que el alcalde de Barcelona haya incluido filosóficamente, en la acepción de inmoralidad, los disfraces de distinto género. Los hombres no deben disfrazarse de mujeres. Y menos aún las mujeres de hombres. Una sociedad que consiente lo primero es una sociedad degenerada, una sociedad de maricas. En cuanto á lo segundo, sabido es que nuestras mujeres están muy acostumbradas á ponerse los pantalones.

En otro tiempo, otro alcalde, quizás no se hubiese atrevido á dictar semejante medida. Quizás tampoco el mismo alcalde. A veces un Bando responde deliberada ó inconscientemente á las exigencias de la época: para mí es igual: un alcalde, en estos casos, obedece á su representación popular. Debemos congratularnos de la medida tomada por el representante de nuestro pueblo.

Es un síntoma de los tiempos que corren á más correr camino de la virilidad, de la entereza, de la resurrección.

Barcelona no podía quedarse á la zaga.

El pueblo no quiere ser *femenino*.

El pueblo, según la gramática de la Academia, no es hembra, es macho.

CLAUDIO UGENA.



No me pongo el antifaz
porque dice San Antonio

que siempre se halla el demonio
de la careta detrás.

UNO QUE SE RETIRA

Me preguntas, Juana,
que si voy al baile...
No voy, mas si insistes
en que te acompañe,
iré hasta la puerta,
y allí busca un paje.
Ya para dar bromas
me siento cobarde,
y para sufrirlas
me falta el aguante.
De máscaras huyo,

pequeñas y grandes,
pues he visto tantas
y de tantas clases
mudar de fortuna,
de nombres y trajes,
resultando á veces
domingos los martes,
las abuelas tías,
y las hijas madres,
que habiendo caretas
(y las hay á pares

en plazas, teatros,
Congresos y calles),
que no se me acerquen,
que no me empalaguen,
ni chillen, ni empujen,
ni suban, ni bajen,
pues andan mis ojos
muy torpes de alcance,
y por el olfato
no conozco á nadie.

MANUEL DEL PALACIO.

EL BAILE DE MÁSCARAS

Atmósfera de gases saturada;
disfraces de vivísimos colores,
y seres que embriagaron los licores
y la danza febril, desordenada.

Inmunda bacanal, desenfrenada,
en que offician de cínicos actores
enjambre de tenorios vividores

y mujeres de vida depravada.

Murmullos y palabras vergonzantes;
bellezas que repugnan y no incitan;
carcajadas histéricas, vibrantes;

hermosuras en flor que se marchitan,
y dejan entre el cieno, delirantes,
corazones sangrientos que palpitan.

M. ESCALANTE GÓMEZ.

BELLAS ARTES



ORGÍA CARNAVALESCA

LAS DOS CARETAS

CRA un Domingo de Carnaval; pero no de los anémicos de hoy, sino de los pléticos de los buenos tiempos.

Carnaval plético de locura, que llenaba calles y plazas y paseos de la heroica villa.

Todo era ruido y regocijo y movimiento y fiebre; risas fingidas de caretas burlonas; llantos fingidos de caretas con lágrimas de cartón; dominós ruines, ocultando personas decentes; dominós lujosos disimulando gente ruin; borracheras envueltas en sudarios; esqueletos repartiendo bombones y caramelos; hombres con faldas y mujeres con pantalones, promiscuidad grotesca de sexos; colchas viejas en forma de cucurucho y mantones de Manila redondeándose sobre senos postizos; bebés de cincuenta años con sonajero, y caballeros con sombrero de copa y frac, de la mano del ama; máscaras que tan pronto van por el arroyo como se amontonan en un coche; máscaras que van á caballo gallardamente y otras que van siempre en su burro de gitano; quién que finge ser enano, quién que finge ser gigante; el mamarracho eterno de la caña repartiendo el *higui* y alrededor las eternas bocas abiertas de los chicuelos procurando morderlo; unos que se disfrazan con andrajos como si la conciencia se les desbordase, otros que se disfrazan con encajes como escaparate de tienda y anuncio de venta; comparsas que llevan miserias entre músicas y cornetines de murga pidiendo limosna; el tradicional hombre de los cucuruchos de papel y el hombre vestido de esteras, acaso simbolismos carnalescos de ciertas almas; y abajo barro, y más arriba nubes de polvo que esperan su miércoles de ceniza, y allá en las alturas el cielo azul, inmensa careta de resplandores que cubre las negruras del espacio infinito y misterioso, como si quisiera tomar parte en no sé qué carnaval apocalíptico.

A medida que fué bajando el sol fué bajando la fiebre, y la multitud, en su reflujo, se retiró hacia sus casas ó hacia sus nichos.

Todas iban mezcladas, las máscaras con careta y las máscaras sin ella; los disfrazados y los no disfrazados; y á las luces pálidas del crepúsculo y entre las primeras gasas del anochecer, todos los contornos se confundían, todos los colores se borraban, y todos parecían los enmascarados de antes ó no lo parecía ninguno: ó desbordamiento de locos ó la gente de todos los días.

Quizá se desvanecían las diferencias entre unos y otros, porque las diferencias eran ilusorias: todos, idénticos; todos, disfraces; todas eran caretas, todas eran locuras.

Alrededor de los vivos están los muertos, cuando no están en medio. Alrededor de la calenturienta villa, en Domingo de Carnaval, están los cementerios con su calma suprema y su nunca caldeada frialdad.



EL.—... y así, muy ceñiditos, bailaremos toda la noche...

ELLA (*interrumpiéndole*).—Bueno; toda... menos el tiempo que estemos en el *restaurant*.

Silencio, reposo, árboles tristes, flores que se esfuerzan por estar alegres, muchas losas, muchas cruces, letreros sobre mármoles, en tierra pocas lágrimas, debajo lo que fué y un sublime misterio en que nadie penetra.

El hombre, en su pequeñez ridícula, también *finge misterios* y se cubre con un dominó y una careta y pregunta á todo el mundo *si le conoce*, disimulando grotescamente la voz.

El espacio insondable se cubre con el velo del firmamento, y también pregunta á su modo *¿me conoces, me comprendes?* Lo pregunta con la majestad silenciosa de sus noches, con la luz esplendorosa de sus días; á veces, cuando se cansa de que no le contesten, con la voz aterradora de la tempestad.

El camposanto es, en cambio, la eternidad con disfraz humano; otro infinito como el de arriba, que se ahonda en fosas y se recorta en lápidas.

Pero hasta el cementerio había llegado la agitación epiléptica del Carnaval. Los hijos del portero habían jugado á las máscaras, y cuando al anochecer se habían recogido, dejaron olvidada una careta junto á una fosa.

Llegó la noche, noche clara y tranquila, de luz suave y de silencio profundo.

La careta había quedado derecha, apoyada en unos terrones y como observando la tumba.

Y de la tumba salía una calavera, como si algún esqueleto se asomase para echar una mirada al cementerio, ó acaso para recoger en los huecos de los ojos la luz de alguna estrella.

Dijérase que la careta y la calavera se miraban.

¿Pensaban algo? Y ¿quién lo sabe? ¿Por qué no? ¿No ha de haber más pensamiento que el nuestro?

Pues si pensaban, pensaría la calavera:

«¿Qué es aquello? Cara humana parece: labios de grana, rosas en las mejillas, sombras que imitan ojos, cabello alrededor de la frente. Pero acaso no lo sea. He oído decir que es Carnaval: quizás sea una careta.

¿Será la vida ó será una imitación de la vida?

¿Será carne humana que se estremece con el placer y con el dolor, ó será cartón que sobre un molde inerte tomó esa forma?

¿Qué es aquello, la verdad ó la mentira? ¿Lo que finge ser ó lo que es? ¿Una realidad ó una apariencia y detrás *la nada?*»

Y podría pensar, á su vez, la careta, mirando á la calavera:

«¿Qué es aquello? Bordes sin labios, dientes al descubierto y sin sonrisa, pómulos verdosos, huesos oscuros en que hubo ojos cristalinos, cráneo sin cabellera: una calavera parece. Pero acaso no lo sea: estamos en Domingo de Carnaval: quizá sea como yo *una careta*.

¿Será la muerte ó la imitación de la muerte?

¿Será la verdad ó la mentira? ¿Lo que finge no ser aun siendo? Y aun siendo una calavera, ¿es una realidad ó una apariencia? ¿La muerte es otra careta como yo ó es la nada eterna?»

Y así se miraban: los dos, sin ojos: dos huecos en el hueso, dos agujeros en el cartón.

¿Era la nada que se contemplaba á sí misma?

¿Era la burla que de sí misma se burlaba?

¿Era una careta que iba á visitar á otra careta?

La noche fué avanzando, y fué declinando el disco luminoso.

La careta se quedó á obscuras: pronto se confundió con los terrones en que se apoyaba.

El último rayo de luna brilló breves momentos sobre el pelado cráneo como sobre un espejo: después en sombras también.

Y entre las sombras quedaron frente á frente la careta de la locura y la careta misteriosa de lo eterno.

Y empezó el segundo día de Carnaval.

JOSÉ ECHEGARAY.

RETROSPECTIVA



—Anda, ponte la capota y vamos, que el clavicordio preludia dulce gavota.



—¿A que establecerían ustedes un circo en su casa si yo quisiera contratarme?

DIÁLOGO DE CARNAVAL

—¿Piensas disfrazáte este año pal Carnaval?

—¡Ya lo creo!

Antes dejo que me cuerten cualquier cosa del cuerpo, que dejar de disfrazáme un día ú dos cuando menos. Cá cual tié sus aficiones y naide peca por eso.

—¿Y de qué piensas vestite?

—Aun no lo sé; pero pienso que me pondré una *aspillera* por la espalda y por el pecho, y una enagua y un refajo que estén sucios, por supuesto, y que es fácil que me deje la mujer de Desiderio, que en lo respetive á puerca se tié merecido un premio.

—¿Y con quién irás?

—Con Lesmes,

Regustiano y Timoteo, que tós los años se marchan con el «higú» y, según tengo entendido, se divierten de firme por el Paseo.

Mia si serán divertidos, que siempre que salen ellos tién que ir los municipales siguiéndoles, agua al cuello, y tós los años acaban

por dormir bajo cubierto en el cuartelillo.

—¿Qué hacen,

pues, pa que los cojan presos?

—¿Qué? Pues tocáles la cara ó lo que les viene á cuento á toás las mozas que pasan por su lao.

—¿Y es motivo eso pa lleválos á la cárcel, como has dicho hace un momento?

—Bien mirando, no es motivo, porque á ellas les sabe güeno y, aunque alguna vez se enfadan y ponen el morro preto, lo hacen porque el desimulo les aconseja ponélo.

—¿Y en el cuartelillo qué hacen?...

—Se están fumando y riendo, les dan dimpués unos palos y se van d' allí tan tiesos.

Si Dios me da salú, este año me pienso marchar con ellos á dar gromas.

—¿Cuántas piensas dar?

—Vente ú treinta lo menos. Por lo pronto, como encuentre á la novia de Nemesio, le diré que ya sé que anda delicada hace algún tiempo

y que tenga güena suerte cuando le llegue el momento.

A Cañuto pienso dale dos morradas si le veo...

—¡Rediez!... ¡Vaya una gromical!

—No se enfadará por eso, él me las pega á mí siempre que le paice y no me quejo.

—¿Y qué le dirás al Roñas si le encuentras?

—Si le encuentro, he de icile si festeja con la mesma de este invierno ú qué.

—¿No le sabrá malo que l' hables en esos términos?

—Creo que no... Y si se enfada, ya le haría yo ver luego que l' hacía la pregunta sin intención d' ofendélo.

—Mucho vas á divertíte.

—¿Tiés envidia?

—Sí la tengo.

—Pues ven tú tamién si quieres, pa que te rías lo mesmo.

—Será mu fácil que vaya.

—¿Lo prometes?

—Ló prometo.

—Pues irás al cuartelillo...

—Tendré mucho gusto en ello.

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.



Está tan bien Josefina
luciendo la *barretina*,



como causa admiración
disfrazada de Colón.

CARNAVAL



¡Y también las mascaritas tienen su corazoncito!

UNA JUERGA

¿Que si me divertí? ¡Verán ustedes!
 Eran más de las seis de la mañana
 cuando salí del baile. Dos amigos
 que iban acompañados de tres máscaras,
 al salir me cogieron, me invitaron
 á irme con ellos dos de cuchipanda,
 y yo, que era un *primín* de quince abrilés,
 que estaba casi casi en la lactancia,
 me dejé conquistar, alucinado
 por aquellas tres mozas tan barbianas
 y el porvenir de vino y de jaleo
 con que mis dos amigos me brindaban,
 y, completando la tercer pareja,
 dispuesto á emborracharme hasta las cachas,
 cogí á una de las ninfas por el brazo
 y comencé á marchar hacia una tasca.
 Entramos los primeros yo y mi moza,
 y vi una concurrencia tan extraña
 que me quedé en la puerta estupefacto,
 asustado de ver tanta canalla,
 y allí hubiese acabado la aventura
 si uno de mis amigos de jarana



—¿Por qué está triste el galán...?
 ¡Salimos del restaurán!

no me hubiese excitado con la sorna
 con que me dijo: —¡Niño, vamos, anda!
 Tomé resolución y entré en el antro.
 Pedimos aceitunas y unas cañas
 y comenzó la juerga prometida
 al ronco cerdear de una guitarra
 que, tocada por manos inexpertas,
 parecía llorar lo que tocaba.
 Yo vi que todos ellos, animados
 por la voz estridente y destemplada
 de un *cantaor* flamenco que de pronto
 surgió de entre los golfos de la tasca,
 jaleaban con palmas y con oles
 á aquellas tres Frinés desventuradas
 que bailan un tango lujurioso
 al son de una cadencia muy extraña;
 y animado, sin duda, por el vino,
 quise también echar mi cuarto á espadas,
 pero ¡ay! que no sabiendo de qué modo
 podría, entusiasmado, jalearlas,
 les tiré mi chistera reluciente
 que pereció á los pies de aquellas gracias.
 Total, un capital en aceitunas,
 manzanilla, chuletas, rón y caña,
 un sueño de primera, un resfriado,
 una chistera rota, unas palabras
 por si pagaba ó no, tres mojicones,
 salir ya muy de día de la tasca
 con una perra chica en el bolsillo,
 la camisa y el frac llenos de manchas,
 una tajada enorme de aguardiente...
 ¡y una felpa mayor que la tajada
 que me soltó mi padre, enfurecido
 porque volví á las diez de la mañana!...
 ¡Cuánto me divertí! ¡Tanto, que ahora
 nunca me dan las diez fuera de casa!

FEDERICO CANALEJAS.

Pasan los hombres toda su existencia
 buscando en las mujeres inocencia;
 destruyen la que encuentran, y es el chiste
 que se quejan después de que no existe.

—
 ¿Que no te engaña tu mujer? ¡Mereces
 una albarda, Ramón! ¿Qué? ¿Qué te extraña?
 ¡Pues te engaña dos veces!
 Una siéndote infiel, pero con creces,
 y otra haciéndote ver que no te engaña.

AL TERMINAR EL BAILE



—Y ¿esto es lo único que he sacado en limpio? Como broma de carnaval puede pasar.

AVENTURA

(CUENTO)

ERAMOS siete estudiantes unidos desde el primer año de la carrera por esa simpatía que se convierte pronto en amistad verdadera. Nos facilitábamos mutuamente los apuntes de clase, nos emparejábamos para repasar determinadas asignaturas en Abril y Mayo, y á todas partes íbamos juntos, pues los mismos gustos é inclinaciones, á que el tiempo ha dado luego dirección distinta, nos llevaban entonces al paraíso del Real, á los clubs revolucionarios, al Ateneo viejo, á los primeros estrenos de Echegaray, á las tribunas de las Cortes Constituyentes, á los conciertos del Circo de Rivas, y hasta á la parada, donde como músico mayor de un regimiento de artillería, y siendo casi un niño, comenzó su gloriosa carrera un compositor que hoy es gloria de España, sin que puedan olvidársenos tampoco aquellas noches en que, deseosos de favorecer á un pianista, íbamos á cierto café de tercer orden para oírle tocar, llevando cuantos amigos podíamos, para aplaudirle, entrando separadamente, sin saludarnos, á fin de que el dueño mirase con consideración y aumentase el sueldo á aquel desdichado, que teniendo instintos verdaderamente artísticos, se veía obligado á manotear ante un auditorio grosero, polcas callejeras, valeses

cursis y tangos achulados. Los que en aquella época íbamos siempre juntos andamos hoy diseminados por esos mundos de Dios: uno está de cónsul en cierto puerto de la América que fué española, cuidando de que los laborantes no hagan embarques de armas para los mam-bises; otro es magistrado en Filipinas; otro ha sido director en Hacienda; otros, diputados; todos han hecho camino; algunos han ido lejos... tan lejos, que no volverán jamás, como aquel pobre Pepe, cuyas obras llenas de ingenio y gracia se aplauden todavía en los teatros. Ni los vivos hemos reñido, ni los muertos dejan de ser recordados con cariño...

Eramos alegres, dicharacheros y bromistas; pero entre nosotros, sin afición á trapisondas y aventuras ruidosas, en una palabra, poco dados á lo que se llama correrla, y enemigos del escándalo. Ninguno pecaba de hipócrita, ni pensó en hacerse trapense; pero los devaneos que cada cual tuviese ó las conquistas que lograrse, permanecían calladas ó



—Lo que estás imaginando á decirlo no me atrevo;

pero te doy la respuesta: ¡límpiame, que estás de huevo!



—Me he vestido de *payaso*, porque todo el año estoy engañando á los hombres de verdad, y ahora quiero engañarles de mentirijillas.

género romántico con derivaciones prácticas; quién se contentaba con cualquier franca falsificadora de amor; mas tan convencidos estábamos todos de que no habíamos de pasar mucho rato sin hacer alarde de nuestra galantería y buena suerte, que al entrar encargamos en el *buffet* que nos guardasen las mesitas donde pensábamos ir llevando las beldades que la imaginación nos prometía.

Luego nos separamos diseminándonos por el salón: unos bailaron, otros nos limitamos á pasear, examinando á cuantas pasaban, para elegir concienzudamente; de cuando en cuando, al encontrarnos, nos dirigíamos miradas interrogativas, como asombrados de vernos todavía sin pareja, y así pasó más de una hora, durante la cual ninguno pudo humillar á los demás mostrándonos, apoyada en su brazo, una máscara, garbosa y bien vestida. Las que espontáneamente se nos acercaban eran inacceptables; aquellas á quienes requeríamos no nos hacían caso. Las elegantes, las vistosas, las que á pesar de la careta podían juzgarse como prometedoras de encantos, pasaban á nuestro lado con la mayor indiferencia; las miradas de algunas parecían decir: «Con éstos no hay que contar»; lo cual resultaba ofensivo.

Estábamos tan bien vestidos como el que mejor, sentíamos en el chaleco el peso de los duros, nuestros semblantes expresaban que no habíamos ido allí para predicar doctrinas ascéticas, y, sin embargo, no había hembra de buen aspecto que se nos aproximase, y lo que aun era más desesperante, aquellas á quienes hablábamos, creyendo desplegar gran picardía é ingenio, nos dejaban plantados á los pocos minutos, como si fuésemos tan pavos, desaboridos y fríos, que no les augurásemos nada bueno.

A las dos estábamos todos tan convencidos de nuestra mala sombra, que por lo triste de las caras parecíamos miembros de una sociedad contra la corrupción de costumbres. La cosa era humillante. Ninguna mujer nos daba broma, ni se reía siquiera con lo que le decíamos: sin duda comprendían que nos faltaba práctica para tratarlas y conocimiento del terreno que pisábamos.

A mí se me metió en la cabeza la idea de que debíamos de tener aspecto de apóstoles perdidos

eran respetadas, tanto por la discreción propia, cuanto por la prudencia ajena; de todo lo cual resultó que nunca tuvimos amistades nocivas, ni líos peligrosos, ni roce con la gente entre aseñoritada y chulesca que vive en jerga perpetua.

De esta relativa pureza de costumbres nos burlábamos nosotros mismos con frecuencia; más de una vez, después de pasar dos ó tres horas en el Suizo ó al salir del Real, para irnos á nuestras casas, nos despedíamos, diciendo irónicamente: «¡Valientes calaveras!» Y en esta conducta persistíamos hasta que, hartos de virtud, ya al fin de la carrera, un año, poco antes de Carnaval, acordamos asistir todos juntos á un baile, con algún dinero, dispuestos á cenar, convidando á las máscaras que nos pareciesen más alegres y bulliciosas, deseando y buscando todas las consecuencias que de tales convites se originan, cuando las obsequiadas advierten que aun después de pagada la cena le quedan á uno algunos duros en el bolsillo. En fin, hicimos propósito de divertirnos á todo trance, imaginando que bastaba quererlo para lograrlo, y seguros de que no habían de faltar mujeres complacientes, aunque padeciese un poco la moral.

Quién supuso que toparía con una verdadera señora de las que van al baile sólo media hora, por capricho, y que conseguiría rendirla dando principio á una deliciosa aventura; quién se esperanzó con una modistilla del



—¡Por Dios! No tuerzas la cabeza, Aida; que en estos ejercicios de tensión, es muy fácil de cambiar la posición, y sentiría resultar movida.

servado, que aunque tenía traza de hermosa, le faltaba aspecto señorial, aire distinguido, elegancia en los movimientos; pero, la verdad, entonces nos pareció una emperatriz de incógnito.

Nos saludó á todos por nuestros nombres. La sorpresa fué general y grandísima cuando comenzó á hablarnos de nuestras casas, de nuestras familias, de su novia al que la tenía, y hasta de las horas de clase. Y hablaba de las cosas más delicadas, pero sin herir, sin ofender, sin lastimar, con tan gran prudencia y mesura que nos encantó y cautivó en pocos minutos. Su voz era muy agradable, pero de entonación poco alegre.

A cada uno de nosotros se le ocurrió la misma idea: llevarse aquella mujer ó irse con ella, según mejor le acomodase. Mas como no habíamos de disputárnosla á cachetes, ni de establecer un pugilato de elocuencia consumiendo turnos para enamorarla, resolvimos instantáneamente puestos de acuerdo, que ella eligiese; y uno en nombre de los demás le hizo este brevísimo discurso:

—A todos nos gustas; pero como no has de ser de todos, es preciso que escojas. De la generosidad del favorecido puedes estar segura.

—¿De modo,—repuso,—que creéis que soy de las que se van con cualquiera?

—La verdad es,—replicó no recuerdo quién, parodiando una frase célebre,—que los pasos en que andáis no son para menos. Y si no, ¿á qué has venido aquí esta noche?

Entonces se dejó caer sobre una silla, puso los codos sobre la mesa, y, apoyando la cabeza entre las palmas, rompió á llorar amarga y silenciosamente.

en una bacanal. Ello fué que, cariacontecidos por aquella derrota, á las tres estábamos en el *buffet* unos con sueño, otros con hambre, todos rendidos y ninguno con pareja.

¡Qué vergüenza! Entonces, queriendo sacar partido del exceso de aburrimiento para convertirlo en diversión y broma, dijo uno:

—Vaya, señores, á cenar: hablaremos de sistemas filosóficos, y luego, castamente, cada mochuelo á su olivo.

Empezamos, para hacer boca, á tomar aceitunas y beber manzanilla, cuando vimos entrar en el *buffet* una mujer cubierta con un capuchón bastante bueno, de raso negro, adornado de lazos azul celeste, recatado el rostro por un antifaz de terciopelo negro con encajes y de arrogantisima figura, la cual, al vernos, se detuvo un instante y avanzó luego hacia nosotros, quedándose en pie junto á la mesa que habíamos formado uniendo las mesitas pequeñas.

Era de buena estatura sin pecar de alta, muy esbelta, y los rizos que dejaban libres los pliegues de la capucha, de un rubio obscuro con reflejos de oro: las manos algo grandes, los guantes no muy nuevos y los pies muy pequeños. En otras circunstancias hubiéramos seguramente ob-

¿Fué curiosidad ó lástima, y deseo de prestarle consuelo? No lo sé: lo cierto es que uno de nosotros se acercó á ella y le levantó con suavidad el volantiño del antifaz: los demás la miramos, y todos á una dijimos asombrados:

—¡Agapita!

Agapita era una muchacha de veintidós años, soberanamente hermosa, dibujada como una diosa griega, rubia como una heroína de novela inglesa, y mimosa como una andaluza, la cual, á pesar de tan poderosos atractivos, y aunque parezca inverosímil, vivía de sus manos.

El invierno anterior estuvo trabajando como costurera en casa de uno de nosotros: de esto la conocíamos, y no sólo la conocíamos, sino que alguno la había cortejado inútilmente, porque era honrada, no siendo lo portentoso que lo fuese con estudiantes que sólo podían ofrecerle amor y juventud, sino que también, según estábamos hartos de saber, lo había sido con señorones de muchas campanillas que, á mostrarse ella complaciente, la hubieran cubierto de oro.

Lo inexplicable era su presencia en el baile y sola, el desenfado con que se nos acercó, como quien busca aventura, y luego aquel modo de echarse á llorar porque le proponíamos lo mismo que al parecer venía procurando.

En pocas palabras nos explicó su situación. Algunos de nosotros imaginaron que iban á escuchar la eterna y mil veces mentida historia de la muchacha seducida y abandonada que está, empezando á deslizarse por la pendiente que comienza en los cuartitos reservados de las fondas y acaba en el hospital; pero nada de eso. La verdad era más romántica, más terrible que cuanto pudiera idear un folletinista.

Agapita, que no tenía pariente alguno en el mundo, vivía con una amiga casi tan guapa como ella, en un sotabanco abuhardillado en una calle de los barrios bajos. Trabajaban cuando podían

en casas particulares y cuando no para tiendas. Hacía tres meses que estaban sin labor, tenían empeñados hasta los colchones y las planchas, el casero les había amenazado la víspera con que si no pagaban el mes y medio que le debían les pondría los trastos en la acera, y aquel día, el del baile, es decir, desde el anterior, porque eran las cuatro de la mañana, ninguna había comido absolutamente nada. Pidieron á una preñada conocida unas cuantas pesetas y en vez de dárselas les dijo:

—Dinero, ni un cuarto. Ahí tenéis dos capuchones que se han quedado sin alquilar y dos billetes para el baile, que me han sobrado. Sois guapas: lo demás corre de vuestra cuenta... la mitad para vosotras y la mitad para mí.

Bastaba ver y oír á Agapita para convencerse de que no mentía, porque hay ocasiones en que la voz y la mirada sirven de garantía á la verdad.

—¿Y habéis venido,
—dijo uno de nosotros,
—á dar el primer paso?



—¿Que desaparecerán los toros? Mientras haya toreros como yo, ¡quién!



La alegría que pasa.
¡Y esto es arte!

—No,—repuso Agapita con un acento entre trágico y cómico, que resultaba desgarrador,—hemos venido... á ver si podíamos cenar.

Fuimos con ella en busca de su compañera, volvimos con ambas al *buffet*, les pagamos la cena, sin una broma, sin una chanza, y comieron cuanto quisieron, con un placer y un ansia que daban miedo. A nosotros se nos quitó la gana.

Luego les acompañamos hasta cerca de donde vivían y cada cual les dió lo que quiso y pudo: total, un puñado de duros. A ninguno se le ocurrió preguntarles el número de su casa.

Cuando volvíamos al centro de Madrid, la madrugada parecía primaveral: soplabá un vientecillo fresco muy agradable, y el cielo iba por momentos encendiéndose en ráfagas anaranjadas y arreboles que semejaban vapores carminosos. Ibamos sin atrevernos á comentar lo sucedido, acaso por no desmenuzar y revolver la amargura de aquella triste impresión; silenciosos, rendidos, desabrochados los gabanes y mostrando las pecheras blancas.

Al pasar por delante de San Justo, las campanas tocaban á misa de alba. En la puerta del templo, esperando á que abriesen, había dos viejas bien arropadas en recios y peludos mantones. Una de ellas nos miró con sumo desprecio y dijo á su compañera:

—Mira, mira qué pandilla. ¡Vaya unas caras de viciosos!

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

CAMPOAMOR

Ha muerto el ilustre autor de las Doloras y de los Pequeños poemas: el poeta más querido de las mujeres y el más popular, siendo *profundamente* humano, en España.

Sin perjuicio de rendirle el cumplido homenaje, séanos lícito turbar, con esta nota de duelo, la alegría de este número; á continuación van algunas de sus humoradas, que al fin y al cabo no contrastan con las inspiraciones de Carnaval, puesto que su burla donosa convienen á un mundo donde «carnaval es todo el año».

HUMORADAS

¡Belén! Para el amor no hay imposibles.
Lo mismo que las palmas,
á veces nuestras almas
se encarnan á distancias increíbles.

Te morías por él, pero es lo cierto
que pasó tiempo y tiempo, y no te has muerto.

¡Necio soy! Con inútiles medidas
te quise sorprender; mas tú eres de esas
que, para ser de pronto sorprendidas,
se preparan con tiempo las sorpresas.

Le eres fiel, mas ya cuenta cierta historia
que entre él y tú se acuesta otra memoria.

La amé el año pasado,
y ya hace un siglo, ó dos, que la he olvidado.

¿Qué es de tu amor?—No sé. Le di mi mano
á aquel objeto de las ansias mías;
pero á los pocos días
dejó de ser mi esposo, y pasó á hermano.

Poniéndose y quitándose alfileres,
hacen sitios de Troya las mujeres.

Ten siempre con un manto
velados tus encantos pudorosos,
porque, en cosas de encantos misteriosos,
perdido ya el misterio, ¡adiós encanto!

R. DE CAMPOAMOR.

¡TRISTE EPÍLOGO!

(CUENTO DE CARNAVAL)

I

ERA el domingo de Carnaval. El baile estaba en todo su esplendor. Las máscaras lucían vistosos disfraces de encaje y seda; los palcos, adornados con profusión de flores y ramajes, parecían sonreír, exhalando excitantes perfumes que se desprendían de las frondosidades; y la orquesta, haciendo bailar en el aire las alegres notas que arrancaba á los violines, entonaba un bailable sugestivo, lleno de encantos cadenciosos, de arrullos, de fantasías.

Y entre todo aquel conjunto de alegres parejas, que desfilaban brincando al compás de una polka, una sola llamaba la atención particularmente y se hacía objeto de todas las miradas. Ella vestía elegantísimo traje de hada, color azul eléctrico, salpicado de estrellitas de plata y con adornos de terciopelo negro; una peineta, en forma de media luna de diamantes, prendida en la rubia cabellera; y antifaz de seda blanca, al través del cual se adivinaban unos lindos ojitos de muñeca parisiense, una boca ardiente, que invitaba al beso pasional; una barbita perfecta, soñada, ideal. El, cubierto con capuchón granate, murmuraba á su oído palabras que eran suspiros, sollozos y besos. Y así, locos, delirantes, con la cabeza sugestionada y el cerebro cargado de lujuria, abrazados el uno al otro, los dos amantes bailaban embriagados, radiantes de entusiasmo, con exaltada pasión, con furia de dementes, dejándose llevar por los voluptuosos compases de la orquesta.

II

Un cuartito reservado de *El Cisne, restaurante* entonces de moda en Madrid, servía de encantado nido á una enamorada parejita de máscaras: ella vestida de azul, él cubierto con rojo capuchón.

Agonizaba el martes de Carnaval.

Y los dos permanecían allí, con las bocas muy juntas, aletargados con el vapor del ardiente *champagne*, dormidos en profundo beso, argumento supremo del amor sensual. Los ojos, entreabiertos, llameaban con el vicioso resplandor de lúbricos deseos, y sus cuerpos enervantes parecían sentir los escalofríos que preceden al placer absoluto, á la solución del humano problema...

III

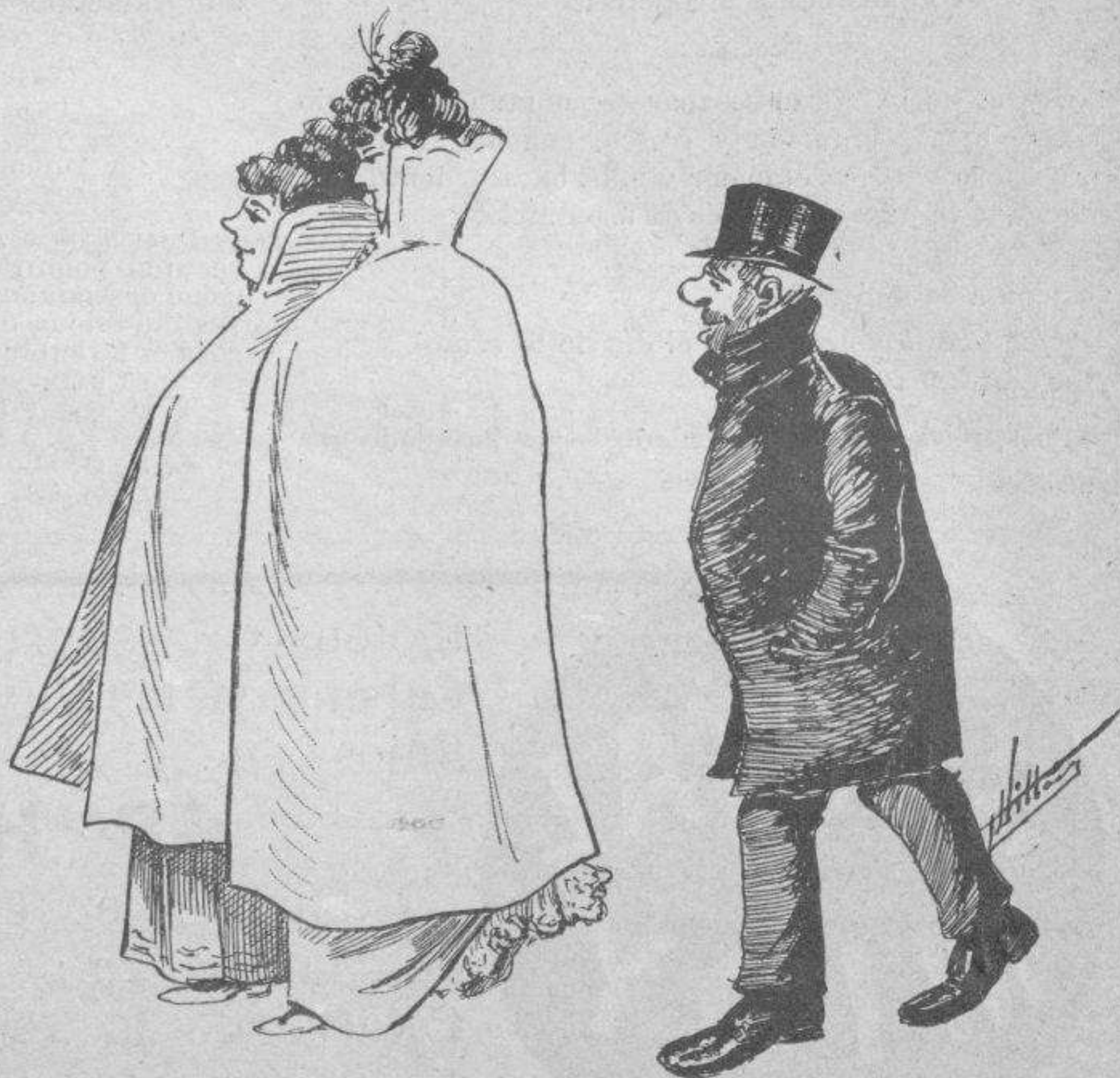
¡Pobre muchacha! ¡Desgraciada Lucecita! Su traje de hada, azul eléctrico, está salpicado de barro, hecho jirones, manchado con el fango de la deshonra; su diadema de brillantes, tal vez metalizada en una casa de empeños; su blanco antifaz, cubriendo quizás el rostro de otra desventurada como ella; sus ojos de muñeca parisiense, muy abiertos y muy fijos en la contemplación de la nada, de lo que no es; y ella, revuelta en el lodazal del arroyo, caída en el fondo del crimen, muerta, ¡muerta de vergüenza y horror!

Y cuando el sol empezaba á resplandecer tenuemente, medio oculto detrás de una nubecilla, sin color y sin forma, con débiles destellos de fúnebres cirios, sus rayos, apagados casi, besaban los labios secos y rencorosos de aquel cadáver.

¡Amanecía el miércoles de Ceniza!

RICARDO S. DE INESTRILLAS.

TODO EL AÑO ES CARNAVAL



—Nada, con estas máscaras voy á la fonda y me vengo del ayuno á que me está condenando mi mujer.

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldos Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

Tenemos una verdadera satisfacción en anunciar que nuestro querido compañero don José Selmo Oitiz, cuyos artículos han celebrado muchos de nuestros lectores y que han honrado estas columnas, ha sido nombrado correspondiente de la Barcelonesa de Amigos de la Instrucción.

Es verdaderamente un triunfo que podemos considerar legítimamente como propio.

En el Casino:

—¡Calla! ¡Mi querido marqués!... ¡Veó que ya no tiene el pelo blanco!

—No, hombre; eso sólo está bien cuando uno es joven.

Encierra tu linda boca,
entre rojo nácar, perlas;
ocúltalas: no me obligues
con mis labios á cogerlas.

MAL OLOR DE LA BOCA. Desaparece, notándose, por lo contrario, bien perfumada y fresca, con un buche del *Licor del Polo de Orive*, el mejor y más barato dentífrico. 6 reales frasco, para dos meses de uso diario.

Gedeón á su mujer:

—¿Qué podría yo regalarte el día de tu santo?

—Nada.

—Pues, mira,—contesta Gedeón,—me has dado una buena idea.

Correspondencia

por CLAK

T. M.—Y para que usted vea que no tengo mala voluntad, inserto su «Trágica»:

«Estaba yo encima del árbol,
y encima del árbol cogía ciruelas
y fué y vino Vicentona
y me dijo: ¿Que coges ciruelas?
Ciruelas cojo, y además
te las tiro si tú quieres
en tu blanco delantal.
Ella que si, yo que si, y estando conformes...»

Resultó que usted le tiró en el blanco delantal las ciruelas. ¡Qué interesante! ¡y qué bonito! ¿Y dónde está la tragedia?

«Pues las ciruelas mancharon el delantal
y cuando llegó á casa, su padre
le dió una paliza fenomenal.»

Injusticias de la suerte; porque la paliza la mereció usted por haber manchado el delantal y luego por decirselo al público en versos verdaderamente trágicos.

GRANOS EN LA CARA, brazos y cuello, se evitan siempre y desaparecen cuando los hay, friccionando en cuanto se notan, con Agua de Colonia de Orive, la más fina y barata del mundo. Frascos desde 3 reales. Litros hasta 4 ptas.

L. D. O.—Se publicará.

Geneve.—Está ya compuesto. Saldrá en uno de los próximos números.

Vulcano.—Sirve usted, efectivamente, más para herrero que para poeta.

N. T. L.—¿Qué le decía yo? Que iba usted por mal camino, y que ese camino conducía al desastre. ¿Conque ha tenido usted que guardar cama durante quince días? Menos mal si eso le sirve de escarmiento; porque sino irá usted directamente á un manicomio. Es muy triste, cierto, que no se reconozca al genio; pero... ¡ya ve usted! en España los padres suelen ser poco amigos de los jóvenes literatos, y se figuran que los versos que se escriben a sus hijas son, ¿cómo diré?, una pócima infernal. Yo, que soy muy franco, añado que en muchos casos, casi todos, y aun tratándose de poetas buenos los padres, tienen razón.

S. M. A.—Otro «Soneto»:

«Bajé del monte por precaución,
bajé del monte de un tirón,
y vi, triste, al bajar
que mi hermosa Asunción
estaba de palique con Baltasar.»

Pues si en vez de bajar de un tirón hubiera usted descendido poquito á poco, seguro que se evita usted tan cruel desengaño; porque habría usted llegado tarde para ver tan inicua infidelidad. Además, ya lo dice el sabio: la cosa es no subir ni bajar montes de prisa, porque así no se cansa uno.

T. O. G.—Por mi bueno; puede usted casarse cuando guste.

L. F. O.—Lo publicaré.

Sigfrido.—S. N.—J. F. M.—No puede ser.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

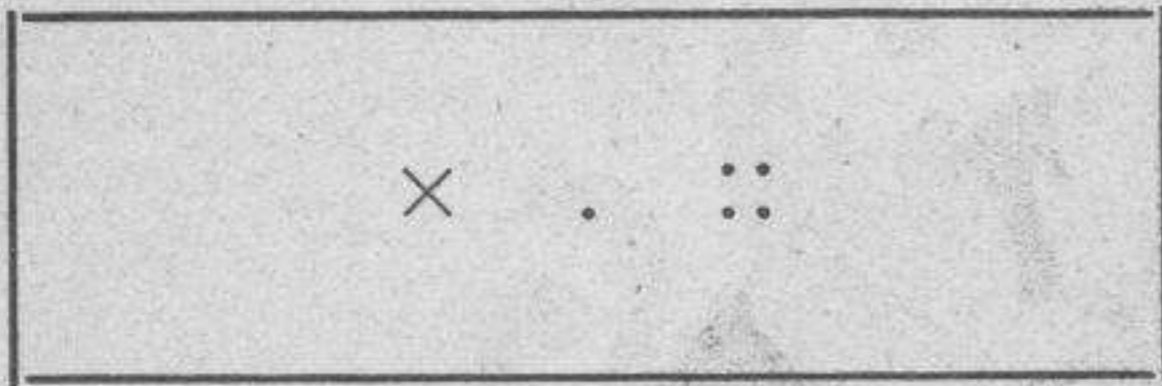
PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Charada

En la *prima dos* tranquilo
 la otra noche descansaba,
 cuando me dió la patrona
 un conciso telegrama
 en que el señor *tercia una*,
 en forma bastante clara,
 que fuese á *tercia segunda*,
 y cuanto antes, me mandaba,
 para resolver cuestiones
 de un *cuarta dos* que me cansa.
 Arreglados mis asuntos,
 fui á la siguiente mañana,
 y en el *todo...* ¡caballeros,
 qué noches pasé más malas!

MORENO.

Jeroglífico comprimido



MANUEL FERRÁNDIZ.

Tercio silábico

* * * * *
 * * * * *
 * * * * *

Substituir por letras las estrellitas, que leídas en línea horizontal y vertical resulte: 1.^a, moneda; 2.^a, título; y 3.^a, adjetivo.

PEDRO CAMPOS.

Soluciones á lo insertado en el núm. 534

CHARADA.—Moratín.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Dolor de costado.

INCÓGNITA:

R A T A
 R E T A
 R I T A
 R O T A
 R U T A

CUADRADO:

M A N O
 A S A N
 N A B O
 O N O N

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Evangelio.

SALTO DE PULGA.—Cabecera.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
 al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
 Año. 11 ,
 Extranjero y Ultramar, un año. 17 ,
 Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes —Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
 de riz Simon



Savon
 à la Crème Simon

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preserva el rostro de las influencias del FRIO, del SOL, ó del aire del MAR

Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON → 13, Rue Grange-Batelière, 13 → PARIS





20 céntos.

Núm. 536

Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.
Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, 4 pesetas.

Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.	LA CHOZA DE TOM ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.
LÁZARO EL MUDO ó EL PASTOR DE FLORENCIA.	VALENTÍN EL GUARDACOSTAS ó UN CRIMEN MISTERIOSO.
LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.	LA ESPOSA MÁRTIR ó LA HERMANA DEL CARRETERO.
LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.	ZAZÁ, MIMÍ Y C.ª
ENRIQUE DE LAGARDERE ó EL JOROBADO.	EL TENORIO DE BELCHICHE.
LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.	ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.
CORPUS DE SANGRE ó EXPIACIÓN.	LULÚ.

Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.	PRESA DEL DIABLO.
LA HIJA DE LA MUERTA.	ANDRAJOS Y DIAMANTES.
EL MÁRTIR DE SU CULPA.	ENRIQUETA.
CORAZÓN DE MADRE.	UN MOZO APROVECHADO ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.
LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.	LA CRUZ DEL MONTE.
ABANDONADA EN EL MUNDO.	EQUIVOCACIÓN FATAL.
GALVARIO DE AMOR.	MUJER Y ÁNGEL.
MAL PADRE Y BUENA HIJA.	FLORES DEL ALMA. (2.ª parte de «Mujer y ángel».)
CORAZÓN EN LA MANO.	EL RECUERDO DE GLORIA.
EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.	EL SUEÑO DEL ARTISTA.
EL PERDÓN DEL MARINO.	POBREZA Y VIRTUD.
LÁGRIMAS DE HIELO.	
EL REY DE IMERECIA.	
EL CUENTO DE MARÍA.	

Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.ª TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
- » 2.ª LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 fd.)
- » 3.ª LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 fd.)
- » 4.ª AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 fd.)
- » 5.ª LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 fd.)
- » 6.ª UN DRAMA EN UN GLOBO (4 fd.)
- » 7.ª LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 fd.)

ACTUALIDADES

VIAJES AL PAIS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA ROC.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

EL PALUDISMO, por A. GIL Y MORTE, catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—
Precio: Una peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86.**
En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3.**
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.—D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos.